

EDUCAR EN LA UNIVERSIDAD HOY

Luciano Bellini Fedozzi, sdb*



Un recuerdo personal

Cuando asistía al tercer grado, recuerdo, fui castigado por no haber llevado un deber a clases, aunque lo había realizado; el maestro me hizo arrodillar frente a todos los compañeros sobre un montón de ripio. Lo repaso claramente, yo llevaba pantalón corto ya que nos encontrábamos en verano, este castigo nunca lo olvidé a lo largo de toda mi vida. En otra oportunidad, se me mandó a escribir mil veces la frase “en clase no se molesta”, pasé la

noche escribiendo la oración tratando de no ser descubierto por mis padres. Ahora pensando en esas cosas, no tengo ni resentimiento ni venganza, más bien me causan hilaridad.

La primera fotografía en blanco y negro que nos tomaron individualmente, me la sacaron en quinto grado; antes de llevarla a casa le pinté barba y bigotes, como rechazo a las bancas de la escuela. Fue la única vez que recibí una buena bofetada de mi padre.

* Rector de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador.

No me abochorna el decir que no me gustaba la escuela, no me gustaba estudiar, era pésimo para el dibujo y la matemática; los maestros tenían que soportarme y yo también a ellos. El momento más feliz era la hora del recreo, donde en el verano me quitaba los zapatos y correteaba por las canchas.

Me gustaba en cambio, correr por los campos, descubrir la naturaleza, trepar en los árboles para ver los nidos de los pájaros, estar en medio de las vacas, los caballos y las aves. Me sentía identificado con todo lo que estaba a mi alrededor. Siempre pensé que también los hombres somos parte de esa maravillosa naturaleza y que en la escuela se empeñaban para que la conociéramos en los libros, pudiendo acudir directamente a ella.

Cuando llegué a ser más pensante me di cuenta que la escuela era toda una farsa para cumplir con obligaciones sociales. Así como se doma un caballo poniéndole brida, de la misma manera nos doman a los hombres para ser fieles a las normas impuestas por los que dicen, buscan el bien y gobiernan a la sociedad.

La escuela es una camisa de fuerza, todos deben salir pensando la misma cosa, todos deben aprender mecánicamente las mismas nociones. Los maestros son los jueces del saber: la disciplina, los horarios, las

tareas y tantas otras cosas impuestas, matan la creatividad del niño y del adolescente. La escuela con el afán de formar, deforma. El resultado de la educación es una monotonía de cabezas perfectamente cuadradas. Hemos nacido para ser imitadores y repetidores de otros. Cambiamos de rostro y de tiempos, pero permanece la misma infecundidad.

Cuando ingresé a la Universidad pensé que las cosas iban cambiando, que podía llegar a ser YO mismo, pero también allí me llevé una gran desilusión. Tenía que aprender y repetir lo que otro sabía. No había espacio para la originalidad. Quien quería ser sí mismo era considerado una amenaza al orden establecido. Quien quiere ser sí mismo y aprender verdaderamente, tiene que evitar dejarse deformar por la escuela, o sería mejor no frecuentarla.

¿Qué significa la educación en la vida del hombre?

¿Hay algún momento en nuestra vida que podamos decir que esté desligado del conocimiento? ¿Existen circunstancias por las que el hombre se separa de su racionalidad? Si vamos analizando lo que es el crecimiento del ser, del hombre, de la persona, desde el momento en que está fuera del vientre de su ma-

dre, empieza su propia historia, en un espacio y en un lugar geográfico específico.

Si hacemos referencia a la psicología evolutiva, a ese ser que va creciendo, vemos que, precisamente, una de sus características fundamentales, es ese afán de conocer, de descubrir, de entender, de dar respuestas a la realidad. A su realidad, al contexto que le rodea, es parte innata de la naturaleza humana.

Podemos sintetizar en tres fases el crecimiento:

- En la primera fase de la vida el conocer se vuelve algo apremiante, inseparable de su propia realidad. Necesita descubrir el mundo que lo rodea. Entonces, vemos al niño que agarra una cosa, se la lleva a la boca, la tira, la aplasta, la dobla, porque quiere saber, quiere conocer.
- En la segunda fase, se da un progreso respecto al conocimiento. Ya no sólo busca conocer el mundo externo, sino su propia realidad de ser humano en relación con los demás y las cosas.
- Y una tercera fase, ésta se expresa no sólo por el conocimiento de la realidad, sino que éste se lo confronta con el conocimiento de sí mismo y que va a dar ori-

gen a una nueva persona, nace la búsqueda de lo que va a ser su futura profesión, de lo que es el SER como persona y como individualidad.

Debería quedar claro en nosotros que esta relación de la educación con lo que es la vida humana, esta relación del conocimiento con el ser persona, es una relación constante.

El sistema educativo es intrínsecamente perverso

Esta afirmación puede parecernos muy exagerada. Pero, pensemos un momento en cuáles son los objetivos de la educación, y esto en todo el mundo. Esencialmente, no se educa para que el individuo se acerque al conocimiento y descubra los misterios del cosmos, del universo o de las ciencias y ponerlas luego al servicio del mismo hombre.

La verdadera preocupación de todo gobierno, de toda empresa, de toda organización lucrativa, es tener el personal capacitado para un mayor rendimiento económico. Muchas empresas, actualmente, forman a sus propios dirigentes y trabajadores sin la necesidad de las instituciones educativas tradicionales. Los centros de capacitación profesional y las Universidades están quedando

en un segundo plano. Por eso ahora con mucha facilidad las Universidades tratan de crear relaciones con el mundo de la industria y se ponen a su servicio.

El sistema educativo es perverso, según mi parecer, por tres razones:

- La primera, es el mismo sistema el que está centrado en las **estructuras** educativas, antes que en la persona.
- La segunda razón es que se emplea una **metodología** que no educa, sino domestica.
- Y la tercera razón es que se utilizan **contenidos** que están al servicio de las mismas estructuras sociales.

En esencia es un sistema centrado en las materias más que en las personas

El centro de todo quehacer universal es la **persona**. Está de sobra recordar tantas corrientes filosóficas o antropológicas para justificar esta afirmación. Basta, además, recordar la declaración de los derechos humanos, y vamos a darnos cuenta que el hombre es más im-

portante que la estructura. La ciencia, la técnica y el progreso están al servicio del hombre y no el hombre al servicio de éstas. El sábado está al servicio del hombre y no el hombre al servicio del sábado.

La educación superior, poco difiere del sistema de educación media

El sistema educativo en la educación superior no difiere del sistema educativo de la educación media. Sobre analizar brevemente la metodología que se emplea en la educación media. En esencia es un sistema centrado en las materias más que en las personas. El profesor dicta sus clases, los alumnos escriben lo que pueden o lo que quieren. La mayor preocupación del profesor es tratar de terminar su programa educativo, sin tomar en consideración el avance conseguido por los alumnos. Las pruebas y las tareas en la casa son el único control que el profesor ejerce para saber si los estudiantes han avanzado. Las notas toman más importancia que el mismo saber adquirido por el estudiante.

Se han desarrollado grandes discursos sobre las reformas educativas, llegando a ser meras ilusiones. Se habla de educación básica y de bachillerato, pero en sustancia nada ha cam-

biado. Los profesores no están preparados para enfrentar los cambios y, además, prestan resistencia a todo tipo de renovación. Por el escaso y pobre sueldo que perciben no pueden permitirse el lujo de ser verdaderos educadores, enamorados de su trabajo y de sus alumnos. Su mayor preocupación es la subsistencia antes que la labor docente.

Se crea una situación en la que poca importancia tienen las relaciones entre alumnos y profesores. Al final del año, poco importa que unos cuantos educandos se queden por el camino. El profesor al año siguiente continúa con su trabajo y ni siquiera se acuerda de las caras que tuvo al frente el año anterior. De esta manera, unos pocos se quedan rezagados del sistema educativo, y nadie sufre por ellos.

En la educación superior el panorama no difiere mayormente. El profesor es dueño de su cátedra. Dicta clases, envía tareas, toma exámenes, pasa notas y allí termina su trabajo. La relación con el estudiante es aún más impersonal que en el bachillerato. En la mentalidad de muchos profesores existe el falso concepto de que mientras más estudiantes pierden las materias, o los ciclos, o los años, mejor es el profesor, porque en la Universidad el docente “es el dueño absoluto del saber”.

He afirmado anteriormente que el sistema educativo es perverso en sus estructuras, y ahora lo confirmo diciendo que la preocupación fundamental del sistema es la de llenar los puestos que faltan en la estructura social. Con graduar profesionales, y, en muchas de las veces mediocres, consideramos hemos cumplido con nuestra tarea.

Cuando en una Universidad se quiere abrir una nueva carrera, justificamos, sin mayor escrúpulo, las supuestas demandas y necesidades del mercado laboral. Sin haber realizado estudios serios sobre ello, como resultado de esto entran en el mercado ocupacional profesionales que en muchas circunstancias no ejercen sus profesiones.

Si bien se habla de corresponsabilidad en el gobierno de la Universidad, sin embargo el estudiante siempre tiene la desventaja de tener que enfrentarse con una sólida estructura que trata de sostenerse y defenderse a sí misma. Los estatutos, los reglamentos, las normas internas, las exigencias académicas y disciplinarias siempre son más fuertes que cualquier presión que pueda ejercer el estudiante.

A muchas Universidades les importa más el prestigio que la eficacia. Muchas también viven de la renta, de una fama adquirida en tiempos ante-

riores, pero que, actualmente, no corresponde a la realidad. Son estructuras tremendamente rígidas, que no permiten fácilmente la realización de cambios que serían fundamentales, para poder ser lo que debe ser la Universidad.

La metodología en la Universidad

La metodología educativa universitaria, como ya lo he dicho anteriormente, no difiere de la metodología de la educación media. Se realiza simplemente una transmisión de conocimientos, donde hemos acostumbrado malamente al estudiante a tomar notas, a hacer deberes y a dar exámenes. Con la certeza de que el estudiante se dedica al estudio, solamente la noche anterior al examen o la semana en la que tiene las pruebas. Además, son tantas las materias que tienen que aprender, que difícilmente puede hacer investigación sobre ellas.

Por lo tanto, que no nos extrañe el saber que muchos de ellos, más que al estudio, se dedican a la copia. Además, que ciertos instrumentos electrónicos actuales los ayudan a un doble engaño, al profesor y a sí mismos.

Pero no toda la culpa es de la estructura universitaria. Buen peso tiene también la sociedad actual, donde

todo es relativo. El ambiente de engaño y de corrupción no sólo está en los organismos de gobierno y financieros, sino que contaminan cualquier tipo de institución. Por lo tanto, aun en el plano del estudio universitario el joven trata, si le es posible, más bien de engañar antes que aprender seriamente.

Los contenidos en la Universidad

Los contenidos también tienen su buena dosis de perversidad, por el simple hecho de que tratan de ajustarse al mercado de la demanda y de la oferta. Está ausente casi en forma total el verdadero trabajo que se debe realizar en la Universidad como es la investigación; ya que sólo a través de ésta se pueden generar cambios dentro de la sociedad.

Las grandes transformaciones de la ciencia y la tecnología se han dado casi siempre al margen de la Universidad. Empresas de gran envergadura son las que manejan las transformaciones tecnológicas, porque éstas poseen los capitales suficientes para invertir en investigación y desarrollo de tecnología. Basta ver en el campo de la informática, de la farmacéutica, de la genética, donde cada día nosotros nos volvemos observadores pasivos de los

grandes logros que se van realizando. La Universidad en lugar de producir, debe emplear los productos fabricados por otras empresas.

La Universidad, actualmente, se limita a transmitir conocimientos alcanzados por otros. Los profesores utilizan para sus clases textos publicados que no son de su autoría o también textos elaborados por ellos mismos. La preocupación más importante es que el alumno adquiera esos textos y sobre ellos se prepare para rendir sus exámenes. En varias oportunidades he podido constatar que las pruebas se vuelven una exacta repetición de lo que el profesor ha dictado en la clase. Si en un ejercicio de matemática planteado, el alumno llega al resultado, pero sin utilizar el proceso realizado por el profesor en el aula de clase, es muy probable que no se acepte como válido el trabajo realizado.

Hoy está de moda la educación a distancia, donde todo el trabajo consiste en seguir textos o módulos previamente elaborados y que el estudiante tiene que llegar a poseerlos mentalmente para poder rendir sus pruebas. Ésta es una clara muestra de que la Universidad se vuelve simple dispensadora de conocimientos.

Debido a que en la nueva Ley de Educación Superior se exige a los docentes universitarios un título de

cuarto nivel para ejercer su profesión, encontramos en las Universidades una vasta gama de ofertas de maestrías, con contenidos de los más impensados. Pareciera que la Universidad que más maestrías puede presentar al mercado académico, será la más activa y eficaz. En general, todas ellas a distancia o semipresenciales, por supuesto, para favorecer la demanda del profesional que, además de ejercer la docencia se desempeña también en cualquier otro tipo de profesión. Pero esto, ciertamente, no favorece la labor académica, es solamente una solución parche para satisfacer una exigencia universitaria inmediata. Y unas cuantas maestrías en sus contenidos no corresponden a una especialización de postgrado, sino que manejan contenidos claramente de pregrado.

Docentes que no enseñan

Una grave situación que vive nuestra Universidad ecuatoriana es precisamente la presencia de docentes que no son calificados como tales, sino profesionales que ejercen la docencia. El médico es profesor de medicina, el abogado es profesor de derecho, el arquitecto de arquitectura, el ingeniero de ingeniería, el filósofo de filosofía, el psicólogo de psicología y así sucesivamente. Aunque en

estos años se han incrementado los cursos de docencia universitaria, pero parece que no han dado mayores resultados hasta el momento.

En general, el profesor universitario se vuelve fiel copia de los profesores que tuvo durante los estudios de su carrera, y su ejercicio docente es una repetición de lo aprendido anteriormente. Posiblemente, el profesor esté más preocupado de su puesto en el escalafón docente, antes que de impartir coherentemente sus enseñanzas. Auxiliares, agregados, titulares, a tiempo parcial, a tiempo completo, a tiempo exclusivo, son sólo las denominaciones utilizadas para recibir un sueldo mensual. No tienen en verdad ningún significado académico, aunque existan ciertas exigencias para alcanzar esos niveles.

No sería extraño que muchos directivos de nuestras Universidades ecuatorianas ocupen puestos administrativos, no tanto por el servicio a la comunidad universitaria, sino por el significado político que eso puede tener. Entonces tenemos rectores diputados o ministros de educación, o con cualquier otro cargo público. Porque, supuestamente, la ley ecuatoriana lo permite. Entonces seré rector de la Universidad, pero con permiso sin sueldo, aunque la ley también permite tener dos sueldos fiscales.

Para tener mejores relaciones con las instituciones públicas, con las industrias o cualquier tipo de organismo, elegimos a profesores que son funcionarios de dichas instituciones y organismos, para facilitar nuestros tramites o para sacar algún provecho económico para la Universidad. Somos expertos ahora en firmar convenios de cualquier tipo, aunque muchas veces queden en papeles y nada se haga efectivo; es la era de los convenios macro. Entonces, damos la impresión de que la Universidad se está renovando, que asume los retos de los nuevos tiempos. Pero, en el fondo estamos haciendo el juego de toda institución, ponernos al servicio del más pudiente. Hacemos efectivo el dicho latino "*do ut des*". Ante el avance de tanta inmoralidad social, la Universidad debe distinguirse por defender los derechos de todos y no de unos pocos.

En el país, existen varias agrupaciones universitarias, estatales y privadas, confesionales y no confesionales, lo cual sería plausible si sus objetivos fueran el mejoramiento académico de la Universidad. Pero en general esas reuniones se vuelven espacios solamente para defender los propios derechos, para reclamar la distribución de fondos económicos, para exigir igualdad, las privadas quieren tener los mismos derechos

que las estatales. Las estatales defienden sus recursos porque no cobran pensiones. Pero nos consta que algunas estatales cobran en sus matrículas, diferenciadas por carreras, valores que son más altos que las pensiones de algunas privadas.

Las Universidades frente a las situaciones sociales que vive el país no manifiestan sus criterios, ni toman posiciones que ayuden a la mayoría en sus orientaciones. Los mismos estudiantes parecen haberse cansado de manifestar sus criterios, aunque no siempre lo hicieran en forma adecuada. Las reformas educativas universitarias antes que ser respuesta a la urgente tarea de educar, parece que responden más bien a intereses particulares de ciertos grupos sociales. No falta también, en algunos grupos, el afán de manipular la educación superior.

Todas estas situaciones han puesto a la Universidad en una crisis que parece sin salida, como las mismas situaciones generales del país. Los intereses partidistas, las posiciones de nuestros gobernantes, como los que dirigen los destinos del país en las distintas funciones del estado parece que más bien luchan para sobrevivir y conservar sus privilegios, antes que gobernar por el bien de la sociedad en general.

No puede la Universidad quedar en silencio frente a tanta degrada-

ción, tiene la tarea de retomar las riendas de orientación de los pueblos. En todo programa de gobierno existen siempre ofrecimientos para favorecer la educación, pero hemos visto que son sólo temas para las campañas electorales. Creo que todos tenemos la plena conciencia que sin verdadera educación no puede haber superación ni progreso social. Nos llenamos la boca diciendo que la educación es la clave para el progreso. En encuentros mundiales, internacionales y locales se da suma importancia a la educación, pero llegados a la práctica los hechos son muy distintos.

Creo en la educación y en la Universidad

Frente a este panorama, tal vez un poco exagerado, cabe preguntarnos si vale todavía la educación formal, y si vale educar. Y mi respuesta personal es que la educación vale la pena. Pero siempre que tengamos la capacidad de darle su puesto y pueda recuperarse sus auténticos valores. La PERSONA en la educación es el centro principal, antes que las ciencias, las metodologías, los contenidos y la misma sociedad con sus necesidades.

La persona como ser individual, la persona en relación con sus semejantes, la persona en relación con su

mundo geofísico. Tomando en consideración que la formación de la persona no tiene etapas distintas, aunque la psicología la divide en etapas. Las etapas marcadas por la psicología son más bien funcionales y prácticas, pero en ningún momento dividen el hecho del crecimiento y de la madurez humana en escalones separados.

**La persona debe estar por encima de todo sistema o metodología.
Y el educando en ningún momento deberá ser objeto de experimentación ni educativa, ni pedagógica**

Sin embargo, en la práctica educativa esto no se respeta. Baste pensar en los saltos que le hacemos dar a esa pobre naturaleza humana incipiente. A los tres años de edad, el niño ya entra dentro del sistema que lo deforma. No existe una relación clara entre la educación básica, la media y la superior. Más bien cada etapa trata de resolver su problema sin crear una interrelación con la otra. Y, por cierto, decimos que la educación media prepara malamente a los que entran a la Universidad. Por ello entonces

hay que acudir a los preuniversitarios, que en general se transforman en prolongación de la carrera.

He dicho que el sistema escolar deforma a la persona, porque es precisamente este sistema que no respeta el crecimiento normal del individuo en todos sus aspectos: intelectual, emotivo, psicológico, afectivo, etc. Desde el inicio empieza la imposición, aunque de esto no se libera ni siquiera la propia familia.

La persona debe estar por encima de todo sistema o metodología. Y el educando en ningún momento deberá ser objeto de experimentación ni educativa, ni pedagógica.

Habrà que caminar con el estudiante, al ritmo de sus posibilidades, y hay que creer ciertamente que la capacidad de esa naturaleza es inmensa. Es más bien el sistema el que frena su impulsividad y apaga su entusiasmo. Entonces, hay que pensar en un sistema que permita el desarrollo integral de la persona antes que pensar en el desarrollo del programa, y en el respeto de las rígidas disciplinas de los establecimientos educativos y de los métodos tradicionales.

Pensando en la Universidad

Tomando en consideración la misma palabra “universitas”, significa que ésta trata de crear una relación

entre la persona y el cosmos, pero, en ningún momento significará que lo debe saber todo. Tiene que abrir la mente del estudiante a la capacidad de comprensión de los elementos que lo rodean y de sus manifestaciones. Por tanto, la Universidad tiene que repensar sus programas, sus *pensums* en función de esta necesidad. Sería imposible considerar que se puedan abordar todos los campos del conocimiento, pero sí, de ayudar al joven a descubrir los instrumentos para relacionarse con su entorno.

Por ello es necesario pensar con claridad cuál debe ser el rol de la Universidad. Ciertamente, es importante equilibrar el SABER con el SER. Ligando el saber a los conocimientos adquiridos, y el ser a la profesión que se desea alcanzar.

La Universidad, valiéndome de un refrán chino, no tiene que dar pescados, sino enseñar a pescar. Por lo tanto, es importante ver si en verdad con la labor que realizamos estamos enseñando a pescar. Pero la respuesta es muy rápida, entregamos pescados.

Es necesario pensar en nuevas metodologías, en nuevos contenidos, en nuevos profesores, en nuevos espacios, en nuevas circunstancias. Hay que empezar a ser atrevidos y utópicos. Despertar confianza en el hombre mismo, en sus capacidades, hacerle apreciar el conocimiento, el sa-

ber, despertarle el gusto por una vida distinta, más digna, más auténtica, menos dependiente, en fin, educarle a la verdadera libertad.

La Universidad tiene estos desafíos. A ella le corresponde esta tarea. Tomando en cuenta que el joven universitario entra a ese claustro alrededor de los 17-18 años, la época en que precisamente comienza a vislumbrar las metas de su vida y a definir con mayor claridad sus posibilidades. Por la tanto, la tarea de la Universidad es inmensamente grande y grave a la vez.

Cómo debería ser la metodología en la Universidad

Primero, tenemos que saber y estar convencidos que debemos formar a la persona, por lo que la metodología deberá estar encaminada hacia una participación total en lo que es el acercamiento a la ciencia y al saber en general. No debemos entregar el producto final, sino enseñar a confeccionar el producto, con todo lo que eso implica. Es decir, la clase debe transformarse en laboratorio. En la clase, entendido como el aula de trabajo, no se deberá agotar el tema, sino simplemente esbozarlo para que el estudiante con la ayuda de sus tutores lo pueda investigar y llegar él mismo a la solución del problema,

enriqueciendo así su conocimiento con la experiencia.

Ya no podemos concebir al profesor como aquel ser que entra a la clase, dicta la materia, hace algunas preguntas a los estudiantes y con eso agota su papel. El profesor, si bien tiene un mayor nivel de conocimientos, no es un ente superior, tiene el compromiso no sólo de transmitir saberes a los estudiantes, sino procurar que éstos sean asimilados. Es necesario destruir la idea que el profesor lo sabe todo y el estudiante es ignorante, el alumno no está obligado a aceptar las condiciones impuestas por el profesor sin realizar una mayor reflexión.

Pensamos que el mayor enemigo de la enseñanza es la masificación, por ello concebimos a los cursos universitarios con un número reducido de estudiantes, hablamos en general de no más de 30 ó 35 alumnos por paralelo y con eso creemos que la enseñanza se vuelve más eficaz. Pero no es el número el que influye, sino la forma cómo enseñamos.

Me consta personalmente que hay Universidades donde las clases generales se dictan a 150, 200 y más estudiantes. Y no por el número la educación es menos eficaz, sino por su concepción. En muchas circunstancias el que dicta la clase ni siquiera es el profesor de la materia, sino alguno

de sus ayudantes. Pero entonces lo que cambia es toda la metodología de la enseñanza universitaria. Es la concepción de educación la que debe ser nueva y clara.

La disertación en el aula es la mínima parte del trabajo universitario, tal vez considerándolo en números equivaldría a un 25 por ciento de todo el trabajo. Entonces, el sistema educativo es el que cambia. Un 75 por ciento de la tarea universitaria estaría fuera del aula. Luego habría que organizar de tal manera que el estudiante continúe su trabajo fuera del aula. Mas, lastimosamente asistimos a un fenómeno raro, vemos a nuestros jóvenes que al salir del aula de clase se dedican a jugar a las cartas en los bares, o fútbol en las canchas de la Universidad.

Dan mucha más importancia a los espacios deportivos, antes que a los espacios de consulta como son la biblioteca, los centros de Internet, etc. Esto significa que nuestro sistema educativo no es atrayente, no compromete al estudiante.

Tutor y no profesor

Según mi criterio, la Universidad tiene la responsabilidad de crear fuera del aula los espacios propios para que se continúe con el trabajo de investigación y de complemento del

conocimiento. No se puede concebir a un profesor universitario, que después de dictar su clase, se ausente de la Universidad hasta la siguiente. Hay que concebir al claustro universitario como un lugar único de trabajo, como la casa donde se vive y se comparte.

El profesor debe estar presente y organizar con sus ayudantes a los estudiantes para que sean guiados en el trabajo de descubrir y aprehender el saber. Entonces, me atrevería a afirmar que el profesor ya no es profesor, sino tutor de sus alumnos. Este término “TUTOR” se utiliza mucho hoy en día en los así llamados “cursos on line”. Regresando en el tiempo, recordemos que desde la época medieval y hasta casi fines de 1900, las familias nobles, conseguían tutores para sus hijos, que vivían en la misma casa. Ciertamente, esa era una época en la que la educación era un privilegio de pocos.

Sin embargo, la idea de TUTOR, no debería ser descartada en la actualidad. Esta idea implica un cambio conceptual de educación, es decir que exige el seguimiento constante del educando. No tanto para que él cumpla con sus deberes, sino para que ambos, tutor y educando caminen juntos hacia el saber. Uno con sus conocimientos y el otro con su afán por conocer.

No debemos perder de vista que es innato en la persona el deseo de conocer, de saber, de descubrir. Consecuentemente, esta actitud normal del ser humano tiene que seguir siendo desarrollada. No obstante, sabemos por experiencia, que desde el momento que el estudiante entra a la famosa “alma mater” pierde su identidad como ser para transformarse en un número o en un código dentro del sistema informático.

Se vuelve importante en la Universidad el trabajo de grupo, donde el tutor, apoyado por sus ayudantes, tomados éstos dentro de su mismo grupo de alumnos, organizan a los estudiantes para trabajos de consulta, de solución de problemas, de investigación de temas, de confrontación del conocimiento con las distintas disciplinas. Es decir realizar un trabajo de profundidad que difícilmente se podría realizar en el aula.

El estudiante

Cuando hablamos de los jóvenes, en general estamos propensos a la crítica, no falta el criterio de que no les gusta el estudio, que son vagos, que estudian solamente la noche antes del examen, que no tienen ganas de trabajar, que no tienen amor propio, que sólo les interesa sacar la no-

ta para superar el examen, y que posiblemente les interesa más el cartón final que todo lo que eso pueda significar para su vida. Y puede ser que esto, en verdad, responda a la realidad. Pero tendríamos que preguntarnos nosotros ¿qué tan culpables somos de esa indiferencia e irresponsabilidad del joven frente a su propia vida y frente a la sociedad?

Una sociedad que no le ofrece ningún valor auténtico, que el único interés que tiene es de explotar los pocos o muchos conocimientos que ha adquirido, y muchas veces muy mal pagados.

Pero la Universidad tiene mucho que ver en esto, porque es la Universidad la que de alguna manera, directa o indirectamente apoya el inicuo sistema social. Y, en su propio interior, la Universidad tiene la grave responsabilidad de mantener un sistema educativo caduco, impersonal, reproductor de bienes sin valor, de carreras inconclusas, de profesiones estereotipadas, de estructuras anquilosadas.

En las carreras universitarias dictamos algunas cátedras ligadas a la ética social y profesional, pero en su mismo interior no se manejan las cosas con equidad, no se respetan los derechos de la persona. Se siguen defendiendo las estructuras, antes que realizar un diálogo institucional que

permita el crecimiento de toda la comunidad universitaria. Existe en el seno de la institución una aparente democracia, pero en el fondo la última palabra siempre está en manos de quienes la gobiernan.

Frente a esta realidad no podemos ser estímulo y ejemplo para los jóvenes. Cuando el profesor es el dueño absoluto de la verdad se corta toda posibilidad de diálogo y de entusiasmo para el conocimiento. Hay que crear un ambiente donde no exista hipocresía, donde el celo profesional desaparezca, donde no prime el criterio de que el alumno no tiene que saber más que el maestro, y donde se lo humille por su falta de conocimientos.

El joven tiene sus propios valores, y si nosotros tenemos la capacidad de crear una adecuada relación con él, de valorizar lo que él es, nos daremos cuenta que es capaz de entregarse con entusiasmo y dedicación a una causa que sabe que puede formarlo para la vida.

Un sistema educativo humano

No faltarán en nuestros estatutos universitarios los objetivos de formar a un ciudadano capaz de ponerse al servicio de la colectividad. No existe algo más ambiguo y perverso que esta afirmación. Porque de hecho, todo

el sistema educativo es anticomunitario, individualista y despersonalizante. Lleva al estudiante a preocuparse de sus trabajos y notas sin crearle la mayor inquietud sobre los resultados del otro.

Posiblemente algunos se ayuden para la realización de los trabajos. Pero no parten de la idea de compartir esfuerzos y experiencias, sino de tratar de simplificar lo más posible el esfuerzo para el estudio. No es una ayuda para enriquecerse en el conocimiento, sino una estrategia para satisfacer las exigencias de los profesores.

Todo el sistema es competitivo, inclusive entre el profesor y el estudiante se crea una competencia para ver quién gana. Cuando el estudiante presenta un trabajo y rinde un examen, no se preocupa si aprendió el contenido, su afán es satisfacer al profesor. Frente al resultado de una prueba, si la calificación es buena, el estudiante dirá “me la gané”, pero si es mala dirá “me puso esta calificación”.

He dicho anteriormente que el sistema educativo debe ser grupal, y en este momento lo reafirmo. No podemos formar un joven con mentalidad comunitaria y social, con un sistema que es tremendamente egoísta. Con el método que empleamos, tenemos que hacerle descubrir el valor

No podemos formar un joven con mentalidad comunitaria y social, con un sistema que es tremendamente egoísta.

de lo participativo y comunitario. Aprender que el éxito del uno debe ser el éxito del otro, y que el fracaso del uno es también el fracaso del otro. Desde el estudio tenemos que hacerle descubrir el valor de lo comunitario.

Los contenidos de la enseñanza

Esto es ciertamente uno de los temas más complicados. La diversificación de ramas de la ciencia y de la técnica ha llevado a llenar los pensum de estudio de todas las carreras universitarias. Esto de alguna manera obliga a un enciclopedismo que no contribuye en absoluto a una formación integral del estudiante, sino a una domesticación encaminada a satisfacer la demanda social. La demanda social, de hecho pide gente especializada en campos determinados.

No es raro encontrar que en muchas industrias más que ingenieros lo que buscan son tecnólogos, porque están más preparados para resolver los problemas prácticos. Hemos entrado en la época de las especializaciones. Cada vez se necesita un individuo que piense menos y que actúe más en un pequeño campo limitado. Digo, piense menos, porque la especialización de alguna manera reduce el campo del conocimiento.

La Universidad pone a disposición del mercado ocupacional personas desintegradas, incapaces de intervenir en el complejo mundo social, encajan solamente en el pequeño mundo del trabajo y dentro de esto mismo en un mundo aún más pequeño.

Pienso que debemos reflexionar un momento sobre esto. No puede la Universidad prestarse a este juego de fragmentación social. Debe impostergablemente preocuparse de la formación integral de la persona, y no con parches, poniendo en los contenidos de las carreras una que otra materia de tipo humanista o social. Toda la formación universitaria tiene que ser centrada primero en la persona, en el desarrollo de sus cualidades innatas, en la capacidad de formar pensamiento, de ser críticos constructivos de

la realidad, y luego preocuparse también de la formación profesional. Necesitamos hombres que piensen y no máquinas para el trabajo.

Pero tal como está concebida la Universidad actual, no hay posibilidades en ella de dedicarse al pensamiento, sólo hay que preocuparse de memorizar. No se puede concebir una carga semanal de 30, 35 ó más horas de clase. No queda espacio para la reflexión, no queda espacio para la investigación, ni siquiera para la relación personal.

Entonces, hay que pensar en reducir la carga de materias, poner aquellas que permiten primero la formación del pensamiento, el conocimiento del mismo ser humano, y del mundo exterior. La relación que existe entre el ser humano y su entorno. Es decir, primero la formación de la persona, una persona abierta a sus semejantes y a la búsqueda del bien común.

Debe ser una persona capaz de descubrir el origen de las cosas y no solamente sus efectos. El sistema actual sólo entrega los resultados, sin que se llegue a comprender cuáles son las causas. Faltando la comprensión de las causas, el conocimiento queda siempre inconcluso. No se puede llegar a desentrañar el mundo misterioso y atrayente que nos rodea.

Podemos contemplar la puesta del sol, pero no entender absolutamente cómo se produce ese maravilloso fenómeno.

Tampoco podemos ser utópicos en pensar que todo lo vamos a conocer, pero sí es posible pensar que el hombre en su microcosmos todo lo puede alcanzar.

Considero que a la Universidad le queda mucho por hacer, y que debe tener el valor de desestabilizarse y poner el dedo en la llaga. Tampoco basta diagnosticar los problemas para pensar que ya se resuelven. Existe mucha literatura a favor y en contra de la Universidad, pero debemos estar dispuestos a someternos a la terapia para poder curarnos. Y la terapia es tratar de encontrar respuestas no desde el escritorio, sino

en un esfuerzo y en una búsqueda conjunta.

Terminar con un recuerdo personal. Era yo rector del Colegio Santo Tomás Apóstol de Riobamba-Ecuador entre los años 1978-1985. Cada año al iniciar el ciclo escolar, invitaba a Mons. Leonidas Proaño para que diera una charla a los profesores. Todos los años nos criticaba, nos acusaba a la educación particular de ser elitista, de excluir a los pobres, de que el sistema educativo era opresor. En fin, un año me armé de valor y le dije que en lugar de criticarnos, nos ayude a encontrar caminos nuevos. Y su respuesta fue que él no tenía ninguna solución mágica, y que yo conjuntamente con mis profesores, alumnos y padres de familia, teníamos que encontrar la respuesta...